

EL SACRIFICIO DE LUIS CARLOS GALÁN

*Jaime Vidal Perdomo**

Se conmemora el séptimo aniversario del asesinato de Luis Carlos Galán en uno de los momentos críticos de la vida nacional, en el año peor que haya vivido el país después del mes de agosto de 1989, cuando el joven caudillo cayó víctima de las balas en un acto político realizado cerca de Bogotá. Contrasta la heroicidad de su vida y de su muerte con el letargo que parece observarse en ciertos comportamientos ciudadanos, o la indiferencia frente a los graves daños que ha sufrido la nación en la lucha de la cual fue víctima.

Galán personificó una etapa de la vida de Colombia. Su empuje político y la atracción que suscitaba entre la gente apresuró el proceso generacional colombiano. Antes de él se pensaba en la reelección presi-

dencial, sobre todo el Partido Liberal. Su vertiginoso ascenso político y sus reales posibilidades de llegar a la presidencia de la República bajaron la edad de los candidatos y abrieron el camino para que hombres más jóvenes pudieran acceder al solio de Bolívar. Es una incógnita de nuestro devenir político saber si se sucederán de la misma manera las cosas o se apelará a personajes más experimentados en el manejo del Estado, después de las dos presidencias que siguieron a su sacrificio.

El deterioro de la acción política, del que hoy en día se quejan en vastos sectores de la opinión pública, fue anunciado por Galán en los vigorosos documentos de su trabajo y en los fogosos discursos de su brillante carrera de orador. Quiso él hacer del Liberalismo un partido moderno y hacer avanzar nuestra democracia. La historia irá registrando cuánto del

* *El Espectador*, Bogotá, 19 de agosto de 1996, p. 3-A.

progreso político que Colombia tuvo en su pasado reciente y del que se aspira tener en un futuro, posterior al pantano en que nos encontramos, tienen su sello de inspiración.

Suele preguntarse, en el análisis histórico, si vale la pena pagar con la vida la lucha por unos ideales políticos y sociales. El pragmatismo que alienta a ciertos espíritus contestará que no, que siempre hay manera de acomodarse, que lo fundamental es continuar. También en las aspiraciones revolucionarias del cambio ha existido ese dilema. Luis Carlos Galán y Camilo Torres murieron y entraron en la leyenda, mientras otros más prácticos logran congeniar con lo que puede considerarse como la negación de la causa.

En Colombia se ha pagado muy caro el combate contra el narcotráfico; tuvo el país ese reconocimiento universal. El imperdonable pecado de la campaña presidencial pasada, cualquiera sea el reparto

de responsabilidades que se haga entre quienes la dirigieron, es haber olvidado todo el sufrimiento y la sangre derramada, y que después de Luis Carlos Galán, de Rodrigo Lara, los jueces y magistrados muertos y los periodistas asesinados, nadie podía sacar provecho político de los dineros con los que se produjeron tantos males.

Ese es el drama que el país padece y que divide hasta el fondo las conciencias. Esa angustia que pesa sobre tantos hombres y mujeres de la nación no se supera con artificios políticos o jurídicos ni con la fantasía de los proyectos ni con la manipulación del poder. Hay paz en la tumba de Galán porque fue fiel a su compromiso con la patria y con su pueblo; pero no habrá para quienes traicionen su memoria. Es sobre ese recuerdo de nobleza y lealtad, incorporado ya en los grandes valores nacionales, que tiene que edificarse la Colombia que debe venir.